



## Adiós a un asturmexicano de referencia en la empresa y la cultura

# Una fuente de inspiración permanente

Plácido Arango fue un arquetipo empresarial poco usual por encarnar valores más propios del humanismo renacentista



**Joaquín Lorences**  
Presidente de la Fundación Valdés Salas y director del Aula de Extensión Universitaria Valdés Salas

**Joaquín Ocampo**  
Patrono de honor de la Fundación Valdés Salas

Su proverbial discreción y sobriedad formaban parte de una biografía que partía del reconocimiento de las raíces. Como dijera Jovellanos, «más importante que llegar es no olvidar de dónde se parte». Tras una vida de trabajo y esfuerzo, consolidados sus negocios, Plácido Arango se retiró y el arte, la cultura, el mecenazgo, comenzaron a llenar su vida y a facilitar la de los demás.

Nació en Tampico (México, 1931). Economista y empresario es doctor en Ciencias Económicas por el Instituto Tecnológico Autónomo de México, hijo de un emigrante asturiano, Jerónimo Arango Díaz, que marchó primero a Cuba y más tarde a México, quiso regresar a sus orígenes y vive en nuestro país desde 1965. Así pues, sus orígenes familiares, como el de tantos otros emprendedores asturianos se remonta a la emigración ultramarina asturiana de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Nada mejor que recordarlo con sus propias palabras:

«...Una emigración para sobrevivir. Mi padre nace en una aldea asturiana, Salas, en una familia de labranza que tenía suficiente para vivir, pero donde no había progreso. Y tiene un tío en América empleado en un almacén general en Tampico, en el golfo de México, un lugar que prosperaba mucho gracias al hallazgo de petróleo. El convence a su hermana y a mi padre de que el futuro está allá. Emigra con 14 años y el bachillerato hecho, que le había proporcionado en Oviedo otro tío, canónigo. En México se casa con otra hija de asturianos y tienen cinco hijos...»

«Mi padre, con 24 años, abre un comercio de hilados y tejidos, y al poco tiempo nos vamos al D.F. [México Distrito Federal], donde monta una cadenita de tiendas, y allí ve la oportunidad de comprar una fábrica textil. Y la guerra, pese a que fue una desgracia, originó tanta demanda que llegó a ser la industria textil más importante de México. Pero no creo que el ser emprendedor sea una cuestión genética, sino una formación: en mi casa no se

hablaba de otra cosa que de la tienda: y además, te queda la infraestructura. Empezamos con él, pero pronto nos independizamos y montamos el primer hipermercado del país, Aurrerá. De todos modos, yo no soy, digamos, un empresario de raza como él era: yo no vivo sólo para la empresa, disfruto con muchas otras cosas...»

Aunque la trayectoria vital de Plácido sea conocida y goce de unanimidad en su reconocimiento social, nos gustaría recordar y destacar los siguientes aspectos:

1º: Su biografía personal y empresarial prueba que ni los orígenes familiares, ni el lugar de nacimiento, ni la condición de emigrante, constituyen restricción alguna para el emprendimiento. Tampoco la cualificación académica es condición necesaria o prerequisite para el «éxito» y supervivencia empresarial. Posiblemente de sus padres aprendió que hay otras fuerzas más poderosas para guiar la vida profesional: la inteligencia natural para captar las oportunidades de negocio, la honradez, una ética casi calvinista del trabajo, la constancia, la reinversión sistemática, el sacrificio, el reclutamiento familiar como medio de asegurar la continuidad, lealtad a un proyecto y pasión por el trabajo bien hecho.

2º: Como empresario, Plácido Arango encarna lo que el profesor William Baumol, describe como modelo de empresario productivo, esto es, aquel que desarrolla actividades que benefician a toda la sociedad y en las que rentabilidad pública y privada se equilibran.

Ha de recordarse el hecho de que en los años 60, sus empresas de hostelería/servicios introdujeron en España un modelo innovador de negocio hasta entonces desconocido, y que venía a remover las fórmulas tradiciones de gestión en un sector en el que consumo, ocio y sociabilidad se superponen. Esa novedad, que aún hoy se mantiene, ha sido ampliamente imitada y reproducida. De forma añadida, cabe subrayar el riesgo de introducir tal novedad empresarial en unos años en que España comenzaba a salir de su aislamiento económico internacional, y en que la mejora en los niveles de renta permitía el acceso de la población a pautas de consumo hasta entonces minoritarias.

Tal fue el escenario de partida de su carrera empresarial española. El germen del Grupo Vips fue el Grupo Sigla S.A., que marcó un nuevo concepto de restaurante-cafetería-tienda en 1965. Cuatro años más tarde abrió sus puertas el primer Vips. La empresa



Plácido Arango, el día en que recibió la Medalla de Oro de Asturias. | L. M.

llegó a contar con más de 300 establecimientos y 12.000 empleados en nómina en España, algunas de cuyas marcas fueron: Gino's, The Wok, Vips, Tío Pepe, TGI Friday's, las cafeterías Starbucks, y los restaurantes Iroco, El Bodegón, Teatriz, Lucca, Tattaglia, Rugantino, Paparazzi, Mood y Root.

3º: En sus empresas concurre además una singularidad con la que se rinde tributo a las dificultades que presidieron la vida de los emigrantes asturianos en América y, particularmente a su familia. Plácido Arango lo ha explicado así:

«... Siento una simpatía y una identificación total hacia los emigrantes que vienen a España: en la empresa empleamos a un 50% de emigrantes. Pero son épocas muy distintas: hoy tienen menos oportunidades, aunque están más protegidos».

Por lo mismo, en 2001, firmaba con Cruz Roja Española un convenio para facilitar la integración laboral de los inmigrantes. Hasta 2010 contratará a 400 marroquíes al año en virtud de un acuerdo con el país vecino.

4º: Plácido Arango engrandeció su figura de empresario creativo con el mecenazgo artístico y cultural. Un mecenazgo traducido en reiteradas donaciones de obras de arte que, más allá de su eco mediático –del que siempre ha huido la proverbial discreción del empresario–, se han traducido, y es lo que importa resaltar, en la posibilidad de poner a disposición de la sociedad una parte del patrimonio cultural generalmente confinado a la privacidad de las colecciones privadas. Es decir, en forma de retornos, Plácido Arango ha tratado de saldar su deuda moral con la misma sociedad que ha hecho posible la expansión de sus empresas.

Prueba de su compromiso con la cultura, es su presencia en diversas y prestigiosas instituciones: fue, desde 1986 vocal del Real Patronato del Museo del Prado, y presidente del mismo desde 2007 hasta 2012, fecha en la que pasa a ser patrono de honor. Fue presidente de la Fundación Príncipe de Asturias, entre 1987 y 1996, uno de los períodos más fecundos de esta venerable institución. Ha sido vocal de la Fundación BBVA, del Patronato de la Biblioteca Nacional, del Metropolitan Museum of Art de Nueva York, de la Tufts University, de la Fundación Amigos del Museo del Prado... Es igualmente miembro correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Su esfuerzo por exponer, conservar o ampliar el patrimonio artístico y cultural español y astu-

riano, ha sido reconocido públicamente mediante la concesión de las grandes cruces de Isabel la Católica y del Mérito Civil, de la medalla de oro a las Bellas Artes, y con el Premio Juan Lladó de mecenazgo cultural y del Spanish Institute de Nueva York. Es igualmente hijo adoptivo de Asturias.

La prueba más concluyente de su filantropía, son las reiteradas donaciones de obras de su colección particular a diversos museos. En 1991, cedía al Museo del Prado los 80 grabados de la primera edición de los «Caprichos» de Goya. Este gesto volvería a repetirse en 2015; en esta ocasión la donación abarcaba un conjunto de 25 obras: 21 pinturas antiguas (Zurbarán, Pedro de Campaña, Valdés Leal, Luis de Morales, Corrado Giaquinto o Herrera el Mozo...) y cuatro litografías de Goya. En otras ocasiones su apoyo económico e intermediación serán decisivos para la conservación del patrimonio artístico, como fue caso de la restauración de las «Meninas» o la compra del «Retrato de la marquesa de Santa Cruz», de Goya. En todas sus iniciativas, Plácido Arango ha puesto como condición la discreción: exigió que el Museo no hiciese acto de reconocimiento público por su donación ni que inscribiese su nombre en ninguna sala.

**En todas sus iniciativas puso como condición la discreción: exigió que el Museo del Prado no hiciese reconocimiento público por su donación**

En fechas recientes –enero de 2017–, Plácido Arango donaba al Museo de Bellas Artes de Asturias un conjunto de 29 obras fechadas entre 1485 y 1992. Entre las mismas destaca la presencia de un retablo del siglo XV, así como obras de Francisco de Zurbarán, Juan van der Hamen, Juan de Valdés Leal, Pérez Villaamil, además de otras de factura contemporánea (Antoni Tàpies, Equipo Crónica). La Junta de Gobierno del Museo señalaría al respecto:

«Es un regalo caído del cielo. Desde 2011 no podemos adquirir obra, pero aunque hubiéramos podido salir al mercado, no habríamos podido adquirir obras de este nivel».

Como prueba de reconocimiento, la Junta nombrará al empresario Patrono de honor del museo.

En síntesis, Plácido Arango constituye un arquetipo empresarial poco usual por encarnar valores más propios del humanismo renacentista o de la Ilustración que de los tiempos actuales. Para la Fundación Valdés Salas, de la que fue Patrono Fundador en 2009, junto con otros empresarios y universitarios asturianos, su recuerdo será fuente de inspiración permanente por haber sabido conjugar lucidamente la actividad emprendedora y empresarial con una sensibilidad humana exquisita y una generosidad inteligente admirables.



Plácido Arango con Adolfo Suárez, en 1996, en la entrega de los premios «Príncipe», en Oviedo. | Nacho Orejas

## El hombre que alojó a Obama en su casa

Plácido Arango cultivaba la amistad de políticos e intelectuales y con su generosidad y discreción propició encuentros trascendentales

**Oviedo,** Elena FERNÁNDEZ-PELLO  
Generosidad y discreción son cualidades que Plácido Arango tenía en un grado superlativo. Son las palabras que más repiten sus amigos al hablar de él, y las aplican tanto a pequeños detalles como a los grandes asuntos mundanos en los que solía andar ocupado. El empresario asturmexicano fue generoso con sus donaciones al Museo del Prado y al de Bellas Artes de Asturias, lo mismo que lo era obsequiando a sus amigos y sus trabajadores. Fue discreto con su vida privada y en lo sentimental, y lo supo ser también alojando en sus casas de Valdemorillo, en Madrid, y en la de la finca de Cáceres, a presidentes de Estados Unidos, primero a George Bush padre y años después a Barack Obama.

Arango cultivaba la amistad de artistas, intelectuales y políticos, y lo hacía con la mayor naturalidad del mundo. Hombre inteligente y cultísimo según quienes lo frecuentaron, era de los que saben escuchar y leer las intenciones de su interlocutor, elegante en el sentido más amplio de la palabra, relacionado al más alto nivel, con una inmensa fortuna, de un humor fino y una gran capacidad y sabiduría para disfrutar de la vida. En eso coinciden todos.

En Valdemorillo compartió vecindad con el empresario de la comunicación Jesús de Polanco, mantenía una estrecha amistad con el expresidente Felipe González y a través de él trabó relación con el escritor Jorge Semprún; era muy amigo del embajador de Estados Unidos James Costos, al que descubrió Mallorca; ejerció de cicerone por Asturias de los escritores Gabriel García Márquez y Octavio

Paz, y con Carlos Fuentes compartía un fuerte vínculo. Plácido Arango era, cuentan, de los que no dejaba solo a un amigo si estaba en problemas, todo lo contrario. Era atento y no había impostura en sus sentimientos.

### El empresario asturmexicano hizo de cicerone de Octavio Paz y García Márquez por Asturias

La filósofa Amelia Valcárcel, que lo conoció bien, cuenta que cuando falleció el exministro José Pedro Pérez-Llorca, que como él fue presidente del patronato del Museo del Prado, Plácido Arango se asomó a la capilla ardiente y pidió que lo dejaran so-

lo, durante unos instantes, para despedirse de su amigo muerto. «Era muy especial, y la persona que más sabía de las cosas pequeñas que hacen grata la vida, tenía un buen gusto extraordinario», comenta Valcárcel.

Todas esas virtudes –la lealtad, la discreción, la generosidad, la calma, el buen talante– le abrieron muchas puertas. Su dinero también, por supuesto. Tenía un talento para lo que uno de sus amigos llama «la alta mediación». «Era fiable» y le resultaba fácil poner en contacto a los que manejan los hilos del mundo, ya fuera en el terreno de la política, en el de la empresa y las finanzas o en los medios de comunicación. En uno de sus mejores restaurantes, «El Bodegón», tenía siempre a su disposición un reservado, por él pasaron algunos de sus invitados más ilustres y es de suponer que se cerraron negocios y alianzas que resultaron trascendentales.

### Antonio Suárez: «Si había algo bueno para España, ahí estaba»

**Oviedo,** E. F.-P.  
«Era extraordinario. Donde hubiese algo bueno para España y para Asturias, allí estaba él». El empresario asturmexicano Antonio Suárez, presidente del Grupo Marítimo Industrial (Grupomar), estaba unido a Plácido Arango por una gran amistad y por una historia de emigración que se remonta a una generación anterior a la suya. Su suegro y el padre del recién fallecido, Jerónimo Arango, emigraron juntos, desde Sarras, y llegaron a México en el mismo barco. Aunque uno fue a Tampico y el otro a Veracruz las familias siempre mantuvieron la relación. «En casa lo llamábamos Pachín», comenta Suárez, que contaba con él en el patronato del Museo de la Emigración de Colombres, que preside. Desde Veracruz, donde tiene sus oficinas, Antonio Suárez cuenta que en México se ha sentido mucho la muerte de Plácido Arango, y que «los periódicos están llenos de esquelas» en su memoria.

En torno a su mesa se hacía alta política y altas finanzas, pero también sabía disfrutar de la buena mesa despreocupadamente. El director del Museo de Bellas Artes de Asturias, Alfonso Palacio, lo comprobó cuando el mecenas lo invitó, con otros trabajadores de la pinacoteca, a su finca, muy próxima el parque natural de Monfragüe, para gestionar su donación y para que seleccionara en su biblioteca los libros que iba a incorporar a ella. «A lo largo de los dos años que se prolongaron las gestiones, cada viaje siempre finalizaba con una comida. Te hacía sentir cómodo. Era un conversador extraordinario, con un finísimo sentido del humor, le gustaba la buena mesa y disfrutaba ejerciendo de perfecto anfitrión», relata Palacio.

El expresidente del Principado Pedro de Silva, uno de los grandes amigos que Plácido Arango tenía en Asturias, recuerda, y lo pone como ejemplo de su generosidad, cómo se involucró y se volcó económicamente, a título personal, con «Los Virtuosos de Moscú», cuando quisieron abandonar su país y establecerse en Asturias. Con sus acciones, cuenta De Silva, Plácido Arango «no buscaba relieve público, no pedía nada a cambio. No me he encontrado nunca nada parecido».

Y tenía, no está de más recordarlo, un ojo excepcional para el arte. Cuando visitaba Asturias aprovechaba para recorrer algunas galerías y comprar arte asturiano. Se dejaba caer a menudo por la ya desaparecida sala Vértice, echaba un vistazo y al cabo de unos días llamaba para encargar, dando todo tipo de detalles, las obras que quería comprar.